

pasa á ser un astro nuevo en la constelación de la América Septentrional.

*
* *

La costa Norte y Noroeste que está recorriendo la Corte arde en festejos ahora, como brilla en actividad durante el resto del año, por el renacimiento poderoso minero, fabril, industrial y de navegacion que allí se advierte, y que de San Sebastián á Vigo traza una estela luminosa donde aparecen Bilbao, Santander, Gijón, Avilés y Coruña, apercibidos á la lucha por el bienestar. No recuerdo quién ha dicho ha poco que nos viene la luz del Norte; por eso, porque tienen *la luz*, son de allí las noticias gratas.

*
* *

Pero no lo son siempre. Que del Norte vino la noticia del fallecimiento de D. Augusto Comas, anciano venerable, maestro de todos y ejemplo vivo de la sencillez, modestia y virtudes del cumplido caballero cristiano.

Quísele mucho y me honré con su trato muchos años, y pues me nutrí de su enseñanza y de su afecto, no quiero que se cierre, sin una lágrima mía, la fosa del que tantas veces trajo á la risa á mis labios con su bondad paternal y su humor inagotable.

*
* *

Y pues hablo de humorismos, justo será que recuerde á Campoamor, prisionero de la senectud. No crea mi queridísimo Cavia, colega veterano y *first chronicler*, que el excelso D. Ramón, tan inválido como se halla, se ha divorciado por entero de las musas. Desde el lecho en que vive dictó esta primavera una humorada, que persona de su familia copió y yo transmito á *Sobaquillo*. Héla aquí:

«Ve despacio en gozar de la alegría,
que es condición de la miseria humana,
agotar en un día,
además de la de hoy, la de mañana.»

Tristona y todo, ¿no es cierto que poetiza una hermosa verdad?

Manuel M.^a Guerra.

EL VENCEDOR VENCIDO

Si honores, fama, posición y gloria el trabajo conquista para el hombre, seré trabajador; quiero mi nombre ceñir con el laurel de la victoria.

Luché como un titán; no hubo jornada que temiendo al cansancio no emprendiera, ni obstáculo tenaz que me venciera, ni sombra que velase mi mirada.

El éxito mi empresa ha coronado; cuanto quise alcanzar he conseguido; mía la tierra es; pero he perdido el ansia de gozar lo conquistado.

Y aunque la gloria que anhelé poseo, lloro, impotente, mi menguada cuita.
¿De qué sirve la hermosa Margarita á un Fausto que carece de deseo?

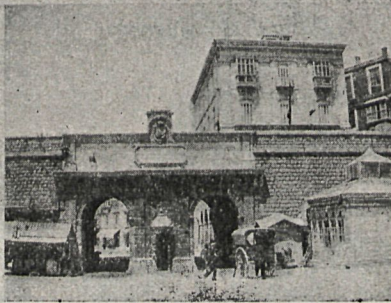
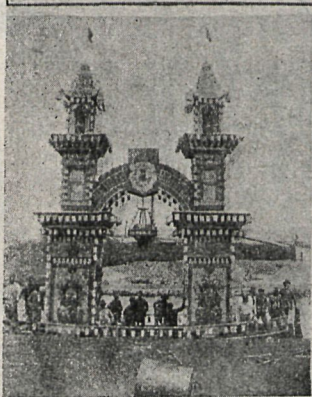
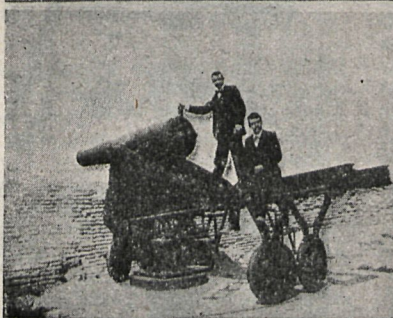
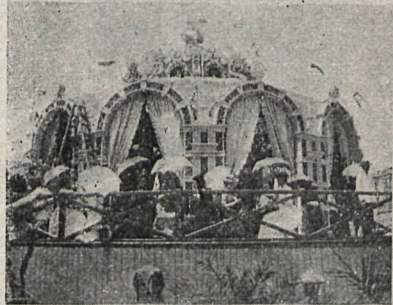
G. S. J.



1.^a Puerta del arsenal.—2.^a Sucursal del Banco de España.—3.^a Café-restaurant de España.

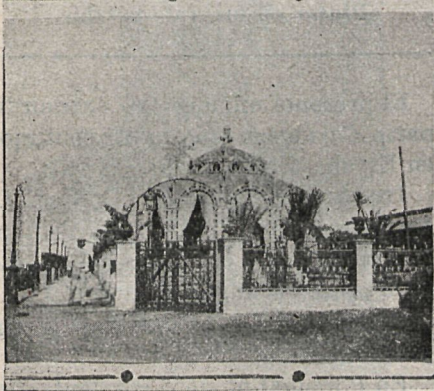
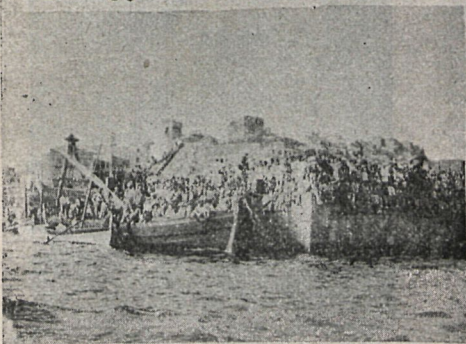
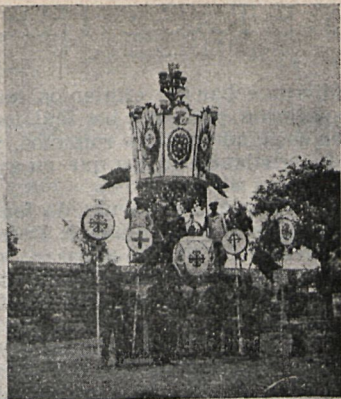


CARTAGENA



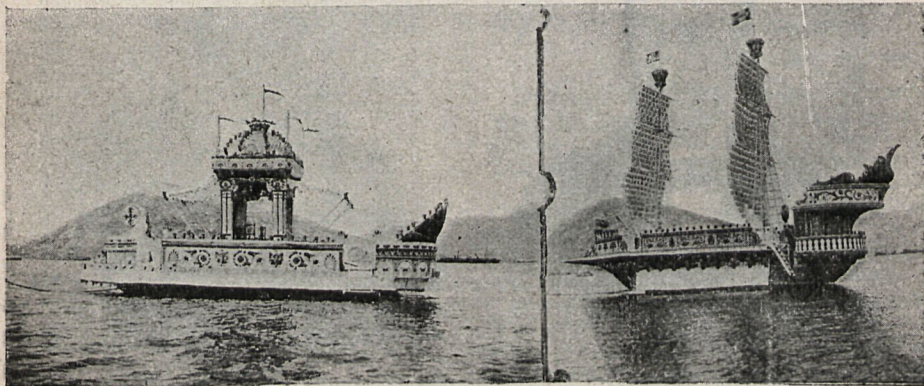
1. Cuañas en el mar.—2. El estandarte de la Junta sardí-
nera.—3.—En la terraza del pabellón del Casino (instantá-
nea del Sr. D. José Vellón).—4. Fuente del pabellón mu-
nicipal.—5. Artilleros improvisados.—6. Carroza del Ejér-
cito y Armada.—7. Arco de triunfo, (tercer premio).—
8. Puerta del muelle y Gobierno militar.

Insts. de J. F. Sánchez Nogueras.



1. Vista del muelle tomada desde el Roldan.—2. La farola del Ejército.—
3. El público presenciando las regatas.—4. Tienda Asilo.—5. Pabellón
del Casino.—6. Pabellón del Ateneo.

Insts. de D. Manuel Dorda y Mesa.



Góndola premiada en la velada
marítima.

Galeaza premiada con segundo
premio y 2.000 pesetas.

Insts. de Sánchez Noguerras.

CARTAGENERA

Pudieron echar tus cimientos los iberos; pudieron edificarlos los fenicios; pudieron engrandecerte los romanos, y han podido cristianizarte los que en un solo Dios creen y adoran.

Pero á despecho de iberos, de fenicios, de cartagineses y de romanos; á pesar de los esfuerzos del tiempo al pasar y de las civilizaciones al correr, mora fuiste, mora eres y siempre serás mora, Cartagena bella.

En las diafanidades de tu cielo, en las lumbres del sol que sobre ti flamea con deslumbrante brillo, en los colores de tus campos y en el azul purísimo del mar que te sirve de espejo, hay encantos comparables sólo á los encantos que ofrecen Sierra Morena y Sierra Nevada, los cármenes granadinos y las frondosas vegas que arrulla el malagueño mar.

Hija del Profeta, tú guardas el eco de los muezzines que desde los filigranados minaretes cantaron las glorias de Alah; tus hijas, nietas de los agarenos, tienen en su rostro y en su talle recuerdos de las Zulimas y de las Sobbeyas, que en los camarines de los califas inspiraron las *muaxajas* de los poetas y las *sumas* de los escritores, y velaron por el reposo de los guerreros, que un día fueron por tierra de cristianos, llevando hasta el sepulcro de Santiago el estandarte verde de Mahoma.

Sultana de Levante, como sultana duermes sobre la alcatifa de esmeralda de tus feraces huertas.

Si, salvando el Estrecho, á ti volvieren los que en los arenales de Africa su vencimiento lloran, por suya te reconocieran y por suya te aclamaran.

¿Por suya?... No. Que sobre el turbante que ciñe tus sienes, la mano piadosa del soldado Roldán colocó por siempre y para siempre la cruz que abre sus brazos amparando á los que sufren y á los que lloran.

M. R. Blanco-Belmonte.



D. M. Sanmiguel.
Pintor escenógrafo notable.

El presente número 99, extraordinario *Cartagena*, cuesta 25 céntimos en España. En Portugal 50 reis.

Instantáneas desde el núm. 100, correspondiente al sábado 1.º de Septiembre, costará el número corriente á 20 céntimos número.

Por suscripción en toda España, un mes *una peseta*.

En Portugal número corriente 40 reis y un mes de abono, 200 reis.



D. L. Cándido y Alejandro
Diputado provincial y exalcalde.



D. Manuel Antón y García
Abogado y concejal.

LA CARTUCHERA

(EL SOLDADO ROLDÁN)



1.º—D. Joaquín Izquierdo, Presidente del Ateneo.—2.º D. Angel Moreno, Diputado provincial.—3.º D. Fulgencio Vera Rix, Presidente de la Comisión de festejos.

A este héroe de la caridad se debe la fundación del santo Hospital, gloria de este pueblo, en 1697, desde cuya fecha, y siempre de un modo maravilloso, que revela el favor divino, ha encontrado asistencia esmeradísima y todos los consue- los que sólo la caridad cristiana puede dar al enfermo desvalido que se ha acercado á sus puertas. Sería prolijo, y no cabe en los estrechos límites de este apun- te, á la par que obra superior á mí, pre- tender, ni aun siquiera bosquejar, la histo- ria de esta santa casa desde su funda- ción á nuestros días, siempre aumentando las necesidades, siempre también atendi- das, que no en balde los cartageneros pu- sieron bajo la protección de la Santísima Virgen su querido hospital; y hoy, como el primer día que Roldán lo hizo, salen las capachas á diario á pedir para los po- bres enfermos, y esto basta para el soste- nimiento de ella; nada de caridad oficial, nada; el pueblo ha hecho suya aquella casa y él la sostiene, siguiendo siempre con entusiasmo la senda trazada por Rol- dán.

Y que no es la pasión la que inspira estas líneas, puede demostrarse fácilmen- te, entresacando de su libro de visitas frases entusiastas, de personas de bien distintas opiniones, sí, pero de claro ta- lento todos, como puede verse:

«Si alguna vez hubiere dudado de los milagros que hace la Caridad, este Hos- pital me convenciera de que la virtud es eterna, como Dios que la inspira. Funda- do por un soldado, prueba al que lo con- templa que puede más la virtud de un pobre que el oro del poderoso.»

EMILIO CASTELAR.

«Al visitar esta Santa Casa, las lágrimas asoman á mis ojos, y no puedo menos de exclamar: «¡Soy cartagenero de corazón!» Un pueblo que á tanta altura sostiene este Palacio en que moran y son cariñosa- mente servidos los pobres enfermos, será bendecido de Dios, no puede perderse, no, no se perderá.»

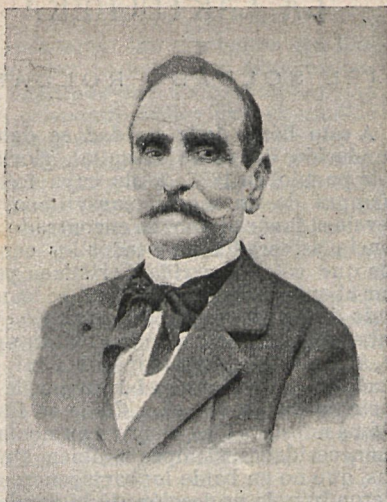
VICENTE MANTEROLA

Canónigo penitenciario de Toledo.

¿Para qué seguir? Sería interminable. No podía Cartagena, ya que hizo templo suntuoso á la Protectora de su Palacio de Caridad, dejar en olvido al modesto solda- do que abrió ancho campo á la inagotable Cari- dad de este pueblo, y se dispone á hon- rar su memoria colocando una estatua de Roldán en la plaza de la Constitución, de la Merced, como diremos siempre los car- tageneros. Es una verdadera obra de arte, y no podía ser otra cosa, siendo el encar- gado de cincelarla nuestro querido paisa- no Requena, que ha llevado á cabo su obra con el arte exquisito que le distingue y el cariño entusiasta que á todo cartagenero inspira la memoria de Francisco García Roldán.

Manuel P. Uria y Mesa.

Cartagena 18 Agosto 1900.



Excmo. Sr. D. José Prefumo
y Didero ex Diputado y ex
Gobernador de Madrid.

D. Francisco Conesa Balanza,
Presidente del Circulo Liberal
y ex Alcalde.

Á CARTAGENA

¡Yo vine de la huerta!...
de aquellos valles
sembrados de barracas
y de rosales;
de aquellos misteriosos
frondosos huertos,
de cuyas tapias cuelgan
los jazmineros;
de aquellas apacibles
casitas blancas,
cuyas puertas sombrean
las verdes parras;
de los frescos quijeros
de los azarbes;
de entre los rumorosos
cañaverales...
vine de las alturas
de la Fuensanta,
de entre los tomillares
y las pinadas,
vine de aquella tierra
de mis romances,
de la hermosa comarca
de mis cantares,
del vergel que abundoso
riega el Segura...
¡de aquella incomparable
vega de Murcia!
Vine lleno de aromas
de aquellos valles,
aromas de claveles
y de azahares,
olores de jazmines
y manzanillas
y albahacas y rosas
de Alejandría...
¡esencias que saturan
mi pensamiento
en el dulce deliquio
de los recuerdos!
¡Yo vine de la huerta!...
de ella llegaba
con otra huerta chica
dentro del alma!...
y, al par que en ansia amante
también traía
todos sus horizontes
en mis pupilas;

evocaba, escuchando
con embeleso,
de todos sus rumores
el gran concierto...
El son de las azudes
del ancho río;
el estrépito ronco
de los molinos;
los pájaros que aturden
con su algazara,
poblando la espesura
de la enramada;
el vibrante chirrido
de las carretas,
cargadas con las mieses
de la cosecha;
el gemir de la noria
y aquel perenne
caer del agua en chorros
como la nieve;
el són del cencerro
que siempre lleva
el ganado que trisca
por la ladera...
y el cantar del mancebo,
lánguida copla
que celos ó desdenes
ó ausencias llora...
Yo vine de la huerta
sin rumbo cierto...
como pobre semilla
que lleva el viento,
y en tu suelo fecundo,
suelo querido,
tuve amor, tuve apoyo...
tierra y abrigo...
Y agarró la semilla,
y echó sus tallos,
y en ellos unas cuantas
flores brotaron...
flores que en mí nacieron,
que dió esta tierra,
como mías, humildes,
mas... ¡las primeras!...
y á nadie, sin disputa,
le corresponden,
¡como á ti, Cartagena,
de mis amores!

Vicente Medina.

UN AMOR DESGRACIADO

(CUENTO VEROSIMIL)

Pues, señor, han de saber ustedes que hace algunos años me propuse yo enamorarme.

La empresa no era difícil; mi corazón era extremadamente sensible, y la sensibilidad ha sido siempre muy útil en estos casos.

Yo veía que la mayor parte de las personas se dedicaban á *hacer el amor*, y me contagié.

Pero la dificultad no la encontraba yo en *hacerlo*, sino en *deshacerlo* después.

Me decidí y apareció en lontananza una mujer rubia.

Tenía unos ojos capaces de arrebatarme con sus miradas al hombre de más cachaza; figúrense ustedes, yo que no tengo ninguna, cómo me pondría.

Mi entusiasmo llegó á tal punto, que resolví acto continuo convertirme en un segundo D. Juan Tenorio,

Desde que aquel tierno pensamiento cruzó por mi imaginación, me transformé por completo. Compré un sombrero nuevo, llamé á un betunero para que filosóficamente discutiera conmigo el medio mejor de darle betún á mis botas, limpié perfectamente un par de guantes que tenía, me atusé el bigote, me ricé el cabello, fuí á ver al sastre para que volviera del revés, poniéndole botones nuevos, una levita que aún conservaba; me miré al espejo, por espacio de dos ó tres horas, para estudiar en él la expresión que debía dar á mi semblante á fin de parecer bien; me aprendí de memoria dos ó tres párrafos de una novela, á propósito para mi declaración, y confiando en mi buena suerte, y llevando en la imaginación más ilusiones y más esperanzas que tontos hay en el mundo, que es cuanto puede decirse, me dispuse á *tantear el terreno* para llevar á cabo mi empresa, es decir, para hacer la conquista de la bella rubia.

Ni Anibal cuando llevó sus soldados de victoria en victoria hasta las puertas de Roma, ni César al atravesar el Rubicón, ni Alejandro el Grande al emprender la conquista del mundo, ni Napoleón al trastornar la faz de Europa, ni el mismo D. Quijote al salir á los llanos de Montiel para enderezar todos cuantos entuertos vinieran á mano, tuvieron la arrogancia y el atrevimiento que yo al decidirme á dar una batalla á mi encantadora rubia.

Me acuerdo que la escena que voy á referir pasó en un hermoso día de primavera. Por ser agradable todo en aquellos momentos, hasta la temperatura era bonancible.

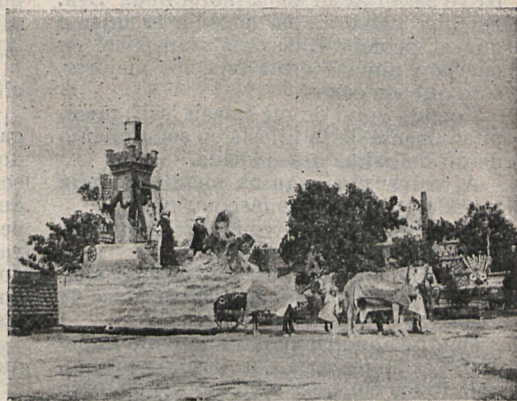
Salí de mi casa, vestido con el traje más elegante que tenía, dispuesto á fascinar á aquella encan-

tadora mujer. Era un domingo por la mañana.

—Una criatura tan bonita como ésta— dije yo para mis adentros—ha de ser forzosamente muy religiosa. Para encontrarla debo ir á misa.

Dirigi mis pasos á la iglesia y... ¡oh dicha! ¡oh felicidad! ¡oh poderoso instinto del amor! Mi rubia estaba allí. O mejor dicho, había estado, porque precisamente en el mismo momento de entrar yo en el templo ella salía.

Quedéme extático de regocijo, y tuve la inefable satisfacción de ofrecerla agua bendita.



1.^a Carroza del Ayuntamiento en la cabalgata.—2.^a Carroza de los mineros.—3.^a Un domador ambulante.

—Gracias, caballero—murmuró.

El melancólico timbre de aquella hermosa voz resonó en mis oídos con más armonía que en los de Saúl el arpa de David. Aquellos hermosísimos dedos rozaron los míos. Aquellos ojos divinos me habían lanzado una mirada. Aquellos encantadores labios se habían entreabierto para dar paso á una agradecida palabra. Sobre aquella hechicera boca se había dibujado una ligera sonrisa.

Mi emoción fué tanta, que no recuerdo si en aquel sublime instante, al remontarse mi pensamiento á las más elevadas regiones del idealismo, dije ¡ah! ó dije ¡oh!; pero puedo asegurar que en aquellos momentos era yo el hombre más feliz del mundo. El sitio aquel había cambiado de aspecto para mí, pues ya no veía yo una iglesia, sino un Paraíso, en el que deseaba yo ser el Adán de aquella linda Eva. En una palabra; me sucedía lo mismo que al profeta Elías: me transporté en cuerpo y alma á otros espacios mejores, sólo que sin carro.

Cuando volví de mi éxtasis salí precipitadamente de la iglesia en seguimiento de mi bellísima desconocida.

Al volver una esquina me dirigió una mirada que acabó de fascinarme.

—¡Ah!—exclamé—¡yo ignoraba que hubiera ángeles sobre la tierra!

Llegamos á una casa de regular apariencia y penetré en ella, perdiéndose de vista.

Maldije aquellas paredes que me impedían ver tantos encantos; pero de pronto, uno de los balcones se abrió dando paso á la mujer más encantadora, más divina, más ideal que puede soñar la vertiginosa mente de un poeta.

¡Era ella! Ella con el mismo traje, con los mismos ojos, con la misma boca; en fin, era mi rubia completa. Y digo completa, porque si bien tenía una cosa menos, que era la mantilla, tenía, en cambio, otra cosa más, que era un hermoso gatito blanco y negro, que acariciaba con sus lindas manos.

—¡Cuanto daría por ser gato!—murmuré.

En aquel momento transitaba por la calle muy poca gente, el balcón no era muy elevado, yo estaba enamorado furiosamente y ella me dirigía unas miradas arrebatadoras; la ocasión no podía ser más á propósito para dirigirle la palabra.

Al pasar por debajo de su balcón levanté la cabeza y la saludé, obteniendo por toda contestación una sonrisa que me colmó de esperanzas.

—Señorita,—la dije—si en el mundo puede alguna cosa hacerme feliz, es saber que usted no tendrá inconveniente en escucharme.

—Si á tan poca costa puedo proporcionar á usted la felicidad,—me replicó—dispuesta estoy á oírle.

En aquellos momentos mi corazón latía con tal violencia que se asemejaba al émbolo de una máquina de vapor.

—¿De veras?—exclamé.

—¿Con que usted es tan amable que...?

—Sí, señor,—me respondió;—ha sido usted tan simpático á mi gato, que no me es posible negarle ese favor.

—Me quedé estupefacto. Miré á aquella pequeña fiera casi con alegría.

Jamás me habían gustado los gatos; y ved ahí, amables lectoras, que mi felicidad se la debía á uno de ellos.

El de mi rubia tenía los ojos fijos en mí.

Quedé con ella en ir á verla aquella noche á las ocho.

Nunca he mirado más el reloj que entonces.

Llegó por fin el momento deseado; pero antes de llegar á la casa de mi bella incógnita, compré un pastelito de liebre para mi gatuno protector.

Una hora más tarde mi rubia y su gato aceptaban, respectivamente, mi cariño y el pastel.

Me despedí de ellos enternecido.

Al día siguiente, al salir de mi casa, recibí una carta que decía:

«Caballero: es usted un asesino; mi gato ha muerto esta mañana á las siete y doce minutos, en medio de las mayores convulsiones, sin duda por el pastelillo que anoche le trajo usted. ¡Que Dios le perdone, como quizá le habrá perdonado ya el pobre animalito! Pero yo no le perdonaré nunca su crimen; por lo tanto, no vuelva usted á presentarse más ante mi vista, porque le detesto.»

—Cielos,—dije yo—esto es grave. Semejante acusación es infundada.

De pronto me ocurrió un pensamiento. Hay un refrán que dice, según los musulmanes, que *gato que come gato muere al rato*. A ser cierto, el pastelero me había engañado dándome gato por liebre.

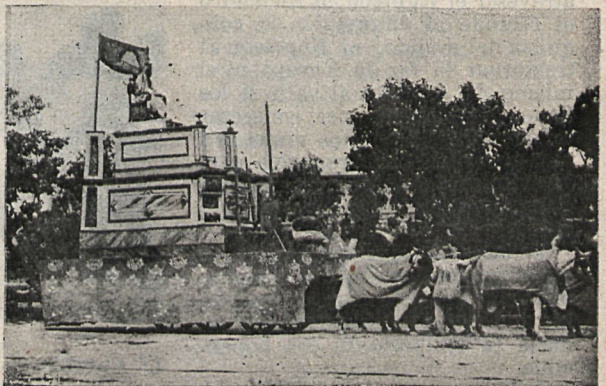
—¿Qué más te he de decir, hermosa lectora?

Mi rubia no ha podido acostumbrarse jamás á tener relaciones conmigo, ni yo á comer pasteles de carne.

Además de esto, he jurado no entregar nunca mi cariño á mujer que sea aficionada á gatos.

Valentin E. Arróniz.

Por necesidades del ajuste no hemos podido insertar la preciosa composición *Post nubila*, de D. Francisco Arróniz, que tendremos el gusto de publicarla en el número próximo.



Carroza del Comercio.



CRÓNICA VERANIEGA

Para burlar el calor
he venido al Escorial,
que es un *sitio* superior;
¡como que es un Sitio Real!

y aunque no llegue á real y medio, el caso es que los que tenemos la fortuna de tener poca fortuna y no podemos dedicarnos á la ola cantábrica, buscamos un lugar cercano á Madrid, donde dar mico á la canícula; y para esto, nada como esto. ¡Qué hermoso es esto! Créanme ustedes esto.

De seguro habrá quien crea
que es mejor marchar al Norte
en busca de la marea
y de la brisa que orea
la polilla de la corte,

pero se equivocan, sí, porque en El Escorial se pasa superiormente.

Demostración:

Un pueblo alegre, risueño, colocado entre varios montes que, á más de los olores inherentes á su naturaleza (tomillo, romero, yerbabuena, etc.), tienen *olor de santidad*. Uno es el de San Benito, otro la cabeza del fraile, otro...

Y todos elevados, colosales, imponentes; sobre todo el primero.

Sin duda nació aquí aquella frase de ¡cualquiera carga con el *Sambenito!*

Desde casa, desde los paseos, desde las calles, desde todos lados, no se ve más que monte. (No hay alusión al casino.)

Este ambiente perfumado
ganas de aspirar despierta,
y alguna vez me ha pasado
ir como un barbo escamado
con la boca siempre abierta.

En fin; que esto es una hermosura.

Pero más hermoso fuera,
y otro gallo nos cantara,
si el comercio no abusara,
pues aquí una friolera
cuesta un ojo de la cara.

La temperatura nos hace recordar que estamos en verano, pero resulta agradable porque

aunque se deja sentir
el calor y nos maltrata,
nos ayudan á vivir

la camisa de dormir
y la clásica alpargata,
que son las prendas que tienen más aceptación entre los que no tenemos la desgracia de vestir á *la última dernière*, como dice un pollo veraniego, que posee varias lenguas, todas vivas.

No faltan sietemesinos
que presumen de elegantes
y no saben lo que hacer
para dárselas de finos,
y llevan botas y guantes
y gorrita de *chofer*,

sin que esto sea decir que prescindan del alto cuello almidonado, de seis dedos sobre la marca.

Pero lo entienden mejor
los que burlan los rigores
del estío abrasador
vistiendo, sin gran rubor,
todos sus paños menores.

Hay mucha gente conocida, bastantes chicas guapas, hombres públicos y privados, banqueros, comerciantes de la Desunión nacional y, sobre todo, infinidad de niños y militares sin graduación.

Las mujeres están muy frescas, porque *no se visten*. Sólomente los domingos para ir á misa al Monasterio y las noches en que funciona en el teatro la compañía de Julia Sala, sacan los trapitos y entonces está la sala (no la actriz) hecha un ascua de oro.

¡Qué lujo y qué distinción!
Con la colonia que vive
en esta hermosa mansión
no tiene comparación
ni la *colonia* de Orive!

Y para terminar. Ya saben los lectores que á un paso de Madrid hay una residencia veraniega de primer orden y que no necesitan entregarse á la desesperación por no poder ir á San Sebastián, Santander, Santurce y demás santos de la costa del Cantábrico. Aquí pueden pasarlo muy requetebién y por poco dinero.

A no ser que hagan lo que mi casero de Madrid, D. Homobono,

que va con sus chiquitines
al Norte todos los años.
(A «El Norte» casa de baños
de la calle de Jardines.)

Y no es anuncio.

J. D. Manresa.